

Graciela Illanes Adaro

## Rasgos psicológicos del primitivo en el cuento chileno



**E**N presencia de cualquier cosa que le interesa, inquieta o espanta, el espíritu del primitivo no sigue la misma marcha que el nuestro. Se encamina en seguida por una vía distinta».

Esta vía distinta, llamada así por Levy Bruhl, es la que han cogido numerosos autores de cuentos chilenos.

Si surge para nosotros un fenómeno raro, inmediatamente se buscan las causas que lo originan o éste es atribuído a causas extrañas que más tarde tendrán su explicación. Tenemos plena fe en la concatenación universal y en el determinismo. Muy diferente es la actitud de las personas de nuestro pueblo que viven especialmente junto a la naturaleza. Por no tener conocimientos cimentados, no se explican los fenómenos, y por esto los atribuyen a fuerzas o a poderes invisibles. Las cosas reales y táctiles son fenómenos espantables. ¡Qué decir de las inmateriales! La claridad lunar destaca en su avance a «la viuda del cementerio»; las fosforescencias calcáreas son luces que señalan entierros «corridos por el Malo»; de entre los árboles sale «la chascuda» a amedrentar al esforzado viajero que transita de noche. El espíritu, cargado de alucinaciones, ve misterios por todas partes.

Si esta gente a quien los psicólogos señalan mentalidad primitiva, y a la cual dan además los atributos de prelógica y mística—, se interesa por un fenómeno auditivo o visual, no se conforma sólo con percibirlo y analizarlo tal cual se le presenta sino que, por una especie de reflejamental, lo atribuye inmediatamente a un ser oculto. Es ésta una forma de intuición que da percepción sensible a lo que no cae bajo los sentidos. Sin buscar una explicación en las causas naturales, el pensamiento se vuelve inmediatamente hacia lo sobrenatural, porque falta por completo esa relación causal profunda que nosotros establecemos, y no existe la trabazón de los hechos. Estos son una manifestación de influencias extrañas. Puede decirse que el mundo físico es un lenguaje que se comprende merced a sus representaciones.

Este proceso mental es el que sirve de base a supersticiones, hechicerías y temores en el primitivo. A veces éste conoce la causa de determinado incidente, pero ésta no aparece en su espíritu, sino como un instrumento al servicio de fuerzas imprevisibles. La enfermedad y la muerte son debidas a los «males impuestos». Sobre la primera deben aplicarse «los contra» que destruyan la influencia, proveniente de la acción perniciosa de algún maleficio. Nuestros escritores han utilizado este aspecto del incivilizado y en sus cuentos lugareños están los diferentes amuletos empleados y la clase de personas que tiene estos conocimientos. Todos los enfermos o sus parientes buscan remedios en las «meicas» o en los hechiceros. Así tenemos a «doña Catita, la meica de Chillahue» que la hace intervenir Mariano Latorre. «Es la vieja de los santigüerios, llenos de fúnebres letanías» que salva a los hechizados; sufrieron tal, porque buscaban un entierro que se les transforma en «Sangre de Cristianos».

No son menos poderosos el Machi Sartores y la Meica Peocha que devuelven la salud a los chilotes en las páginas de «Hui-pampa» de Nicasio Tangol. «El es el único que puede suspender la sentencia de este llancazo», conjetura un personaje en relación con el machi Sartores. «Llancazo» es una mal tirado o im-

puesto que se atribuye a brujerías entre los habitantes de algunas islas chilotas. A través de esta obra, colección de relatos que en su conjunto forman una novela, pero en que cada episodio algo desligado del otro puede considerarse un cuento independiente, se observa, como en otros seres primitivos, reflejados también en páginas chilenas, que la enfermedad y la muerte provienen de poderes ignorados.

La idea de accidente no se presenta al espíritu de estos seres y, en cambio, la idea de maleficio está siempre actual.

Las influencias suprasensibles por las que están constantemente preocupados son los espíritus de los «finaditos». Estos surgen con frecuencia en las páginas de Antonio Acevedo Hernández. En el cuento «El difunto que se veló dos veces» de Mariano Latorre aparece también la creencia en «la penadura»; en que las almas de los «finaos» vagan por los campos si están descontentos con las actuaciones de los vivos. «Pero si el finao quiere al vivo, no lo pena».

En esta narración tiene notoriedad la reacción del primitivo frente a un hecho no previsto; «atribuían a esas fuerzas misteriosas que no comprendían la desaparición del difunto».

Aquí también se hace alusión a la costumbre de los pehuenches de enterrar vestidos a los difuntos y dejarles comida para un mes entero. El autor ha cogido esa creencia de las razas primitivas de que la vida se continúa en la muerte con necesidades materiales.

El espíritu, tomando la palabra en su sentido más amplio, como «animus» de objetos materiales, animales, plantas, seres inanimados ejerce también su gran influencia. Marta Brunet señala en sus relatos este aspecto. Sus personajes ven la naturaleza antropomorfizada.

Es también objeto de gran preocupación,—tal vez la mayor de todas,—la que proviene de la acción de los hechiceros mediante sus encantamientos o sortilegios. Lautaro Yankas en el «Cuco», cuento de «Rotos», ha explotado esa credulidad de la gente del

pueblo en ciertos seres, los cuales tienen poderes ocultos por su relación con el demonio. Generalmente la fealdad y la deformidad son las que hacen a estas personas temibles. Todos tienen fe en su influencia, favorable o maléfica, según el caso, y algunos, felinamente, aprovechan esta modalidad de los demás. Así nos lo da a conocer Luis Durand en «Aprendiendo a brujo». Este escritor presenta aquí a dos hombres, el uno deseaba transformarse en brujo para vengarse; el otro lo engañaba, haciéndolo creer que podía ser tal mediante el aprendizaje de un rito y de expresiones cabalísticas. Está muy bien realzada esa credulidad supersticiosa.

En «El reni», del mismo autor, está ese espíritu que ve misterios por todas partes. «Aquella mujer y esos hombres tienen más de mapuche que de español y sienten con toda la fuerza ancestral el bagaje fantástico, herencia del indio melancólico que aprendió a soñar, en medio de la fronda opulenta de los bosques maravillosos que ampararon su vida», dice Luis Durand.

Las mentes de los hombres y mujeres de este cuento y de la «La Chascuda» están llenas de consejas y tradiciones que hablan de encantamientos y brujerías. En ocasiones propicias proyectan en el exterior sus propias imágenes. La noche, el cansancio, el alcohol, la soledad llena de rumores contribuyen a que se realicen sus ensueños, y sigan de boca en boca, de generación en generación, pensando en su existencia y en la influencia que pueden tener los encantamientos en sus destinos.

En «Las brujas» de Acevedo Hernández, hay también un maravilloso clima de hechicería. El chonchón con su tué-tué atemoriza los ánimos. El chuncho lanza sus presagios de muerte. Las brujas rivalizan en poderío en el ánimo de los vecinos. Los escapularios de San Benito no alcanzan a ser suficientemente eficaces para destruir todo los males.

La gente sube y baja la montaña, avanza y retrocede, tiene ansias, vive y perece, y todo siempre circunscrito por el te-

mor de lo desconocido, por la posible influencia de los encantadores.

«A pesar de ser un hombre de consejo, creía como buen campesino en lo sobrenatural, es decir, en el poder de las brujas, en los malos agüeros y en la ingerencia de las ánimas en la vida mortal». Así se expresa el autor a través de uno de sus personajes.

Esta hechicería, siempre en acecho en las sociedades inferiores consideradas desde el plano de la inteligencia, la ha interpretado también en variada forma Ernesto Montenegro. Son numerosos los encantamientos que hay en sus páginas.

La aprensión de lo imprevisible está perpetuamente presente junto a los hoscos, selváticos o desolados parajes. En «El páramo», de soledad oprimente, flota en derredor de los cuatro personajes presentados por Francisco Coloane un extraño e inquietante encantamiento. «A veces creo que este páramo está maldito o embrujado», dice un viejo capataz con parsimonia. Lo real y lo intangible cruzan por esas enormes planicies. La soledad puebla de fantasmas la demasiado dura y cruda realidad.

Omnipresencia de espíritus, maleficios y sortilegios siempre amenazantes desde la sombra, muertos estrechamente mezclados a la vida de los vivos; este conjunto de representaciones es para los primitivos, personajes de innumerables cuentos chilenos, un venero inagotable de emociones, y al que su actividad mental debe sus caracteres esenciales.

Otros datos característicos que contribuyen a señalar el perfil psicológico de los habitantes de nuestro mundo literario, son los presagios. Estos muestran la acción de las fuerzas suprasensibles que sienten constantemente a su alrededor.

Los presagios son revelaciones que se producen espontáneamente. Muy a menudo el primitivo los interpreta en el acto, sin tener necesidad de reflexionar. Se obtienen con el vuelo de las aves, el grito de los animales, con la dirección de que provienen o la que toman. Tal pájaro se hace escuchar por la izquierda; tal animal cruza el camino durante una marcha. La significación

feliz o desgraciada del presagio es percibida simultáneamente con el hecho mismo captado.

Entonces, según el caso, se persigue con más coraje la empresa comenzada o se la abandona, porque anuncian que las acciones que se emprenden tendrán éxito o fracasarán, o bien advertirán de un peligro más o menos inminente no previsto.

La mentalidad primitiva ve en esas aves, en esos animales, en tal hecho las potencias ocultas de quienes dependen los acontecimientos. Para su comprensión el presagio no es un simple signo, es al mismo tiempo una causa.

Una coincidencia entre el presagio y la resultante obtenida es más convincente que el razonamiento más riguroso. Todos los casos en que el acontecimiento pareció verificar la predicción son conservados cuidadosamente y los narran las viejas de generación en generación; en cambio aquéllos que han ridiculizado el presagio, son olvidados fácilmente. Hay una voluntad de creer en ellos. En nuestros cuentos aparecen innúmeras ancianas que relatan consejas y leyendas en las cuales tal augurio o agüero, como ellas dicen, se verificó.

Algunos autores han tratado de colocar en sus obras la descripción de los procedimientos de adivinación. Pero aunque la mayoría de las veces tratan de dar una descripción lo más completa posible, no se comprende todo su sentido. Deja necesariamente inexpresados elementos esenciales que provienen de los rasgos propios de la psicología del primitivo. Allí donde nuestro intelecto sólo aprehende relaciones simbólicas, ellos sienten una íntima participación. Esta no puede expresarse con nuestro pensamiento ni con nuestro lenguaje mucho más ideológico que el que ellos poseen.

Otro elemento muy considerado en el cuento chileno es la adivinación. Ella interpreta los conocimientos futuros de todas clases; si va a sanar el enfermo, si va a llover, qué será el niño que está por nacer, qué plantío tendrá mejor precio. A menudo

sirve también para descubrir algo oculto o extraviado: una oveja u otro animal. Este elemento, muy considerado en cuentos rurales y urbanos, es empleado en estos últimos por personas en las cuales probablemente hay resabios de seres inferiores: buscan a un adivino para saber dónde está una joya perdida o robada.

Entre un razonamiento, por evidente y simple que parezca, y su creencia, el primitivo no duda. Es éste uno de los motivos que lo hacen recurrir en todo momento a tan gran número de prácticas adivinatorias. Para su mentalidad orientada hacia el mundo invisible y totalmente preocupada por los hechizos, la adivinación responde a las curiosidades del espíritu y a las necesidades de acción mucho mejor que lo que podría hacerlo ningún razonamiento.

Donde se haría una averiguación, los primitivos «consultan la suerte». Para ellos «suerte» no quiere decir «azar». Por el contrario, es un llamado a los poderes sobrenaturales. Este se inicia siempre con los ritos que efectúa el hechicero, quien se pone en contacto con el mundo invisible, con las regiones inalcanzables por quien no tiene poder para ello, y las revelaciones que obtienen en los cuentos son generalmente verídicas. En la realidad, poco importa que la experiencia se confirme o no. No por esto pierde su prestigio el hechicero o la bruja.

En las narraciones que figuran tribus indígenas, éstas aparecen muy unidas a la comarca en que han nacido. Este vínculo no sólo se extiende al suelo y al ganado, sino a todo lo que allí se encuentra: los seres invisibles, los espíritus, las fuerzas imaginadas que allí residen. Cada uno de estos poderes tiene una relación íntima con el grupo, y cada uno de sus miembros siente lo que ellos son para él, y lo que él es para ellos. Allí sabe qué peligros sobrenaturales lo amenazan y con qué apoyos mágicos y «contras» puede contar. Fuera de su comarca no hay apoyo para el indígena. Peligros desconocidos lo rodean por todas par-

tes. No es su aire el que respira, su agua la que bebe, su tierra la que cultiva, todo le es desconocido, hostil, puesto que le falta su medio, al cual está habituado. De aquí su temor por abandonar su territorio, aunque sea temporalmente.

Si un individuo, una familia o un grupo social, experimenta una desgracia o sufre desventuras, la causa no es atribuída a la casualidad.

Lo suprasensible, la hechicería, el mito surgen inmediatamente como posibles causas, o bien está aconteciendo aquello, porque se han violado las prescripciones consagradas por la tradición y las costumbres. En este caso la gente pasa inmediatamente del hecho que ha impresionado a una causa inexplicable, superior; tal sucede en el cuento. «El difunto que se veló dos veces» de Latorre. El difunto vuelve por su mortaja, porque los muertos debían enterrarse amortajados, y la viuda había querido violar esta costumbre.

En realidad lo que sucede es que el caballo con el muerto encima busca la «querencia», por este hecho, dadas las circunstancias, hace ver que una fuerza superior lo ha impulsado. Si la viuda no se decide a amortajar al «finao», era de temer otros males, enfermedades, mal tiempo, otras muertes. Cada vez que se infringe una costumbre tradicional, se causa una perturbación o un accidente a todo el grupo. La venganza de los espíritus invisibles se hace sentir de inmediato. Los muertos tienen potencia sin límites.

Después de leer numerosos cuentos nuestros en los cuales se destaca lo maravilloso y mitológico, puede decirse que para los seres que tienen estas participaciones no naturales, el mundo visible y el invisible forman un todo, y los sucesos del mundo material dependen a cada instante del poderío del otro. Por esto tienen tanta importancia en la vida de los primitivos los sueños, los presagios, los descos, la suerte, las apariciones, la adivinación bajo mil formas diversas, los sacrificios, los encantamientos, las



ceremonias rituales, la magia, fenómenos todos que han introducido nuestros cuentistas para dar con ellos novedad, colorido, interpretación o fondo a sus relaciones. La mentalidad primitiva, crédula, supersticiosa, e imaginativa surge en las páginas chilenas destacada y perfectamente definida en su características esenciales, características que corresponden plenamente al estudio psicológico que de tal mentalidad se ha hecho.